

RECIBIDO / RECEIVED	17 de marzo de 2020
ACEPTADO / ACCEPTED	10 de junio de 2020
PÁGINAS / PAGES	De la 139 a la 141

Seréis como dioses

Autor / Author

THIBON, Gustave

Editorial / Publishing company

DIDASKALOS, Madrid 2020

DOI: <https://doi.org/10.32466/eufv-rel.2020.7.617.139-141>

La traducción de esta obra de teatro de Thibon es más que oportuna. Sorprende que un original publicado en 1959 tenga tanta actualidad y que no haya sido conocido antes en nuestra lengua. Como sucede con tantas distopías que tan de moda están ahora, la agudeza de un pensador muestra en su desnudez cuáles son las razones de fondo que mueven a las personas ante determinadas cuestiones que, vistas superficialmente, no resultan tan importantes.

¿Cuál es la actitud ante los avances científicos? ¿Qué tiene de malo la clonación? ¿Por qué no es humano querer ser inmortales? En un mundo que salía de la Segunda Guerra Mundial y que se abrazaba confiado a los avances de la ciencia y al aparente futuro de bienestar, mostrar las falacias de fondo de la ingenuidad parece, visto hoy, profético. Y en cierto modo lo fue. No porque Thibon supiera que la ciencia iba a ser capaz de vencer la enfermedad y la muerte, o por lo menos dar la posibilidad de ser en apariencia inmortales, sino porque eso no responde ni a la naturaleza ni a los deseos más profundos del corazón humano. Me explicaré.

Juan Manuel de Prada, en su lúcido prólogo, plantea el dilema de fondo con toda radicalidad: las distopías que plantean la inmortalidad en la Tierra son el claro signo de una «época que parece dispuesta a abrazar el pecado final, por creerse fatuamente liberada del original» (p. 12). Así es. Solo desde la clave teológica puede iluminarse una realidad, el empeño por ser inmortal, mostrando su mentira esencial. Alguno se preguntará qué tiene de malo querer vencer la enfermedad y la muerte. Nada malo. Lo malo es el porqué y el para qué.

Thibon nos propone en *Seréis como dioses* una hipótesis extrema: imaginemos un mundo futuro en el que los hombres serán plenamente inmortales, gracias a los avances científicos; imaginemos un mundo en el que la muerte ha sido por completo suprimida —no solo la muerte

causa por enfermedad o por mera decrepitud, también la muerte causada por los accidentes, que puede ser revertida—; imaginemos, en fin, un mundo en el que la ciencia haya colmado a los hombres de inmortalidad, a costa de dejarlos sin eternidad, a costa de impedir que se reúnan con Dios (Thibon, p. 13)

Y es que la inmortalidad temporal no es la eternidad. La clave está ahí. Somos seres llamados a la eternidad, a la comunión plena con Dios, no a mantenernos vivos indefinidamente. Mientras estemos en este mundo, alargado *sine die*, estaremos incompletos, insatisfechos, inacabados. Nos cuesta entrar en esa clave, hay que reconocerlo, porque a todos nos encanta la seducción del dominio de la ciencia sobre la materia. Pero nos olvidamos de eso: la ciencia no puede dominar el espíritu. La seducción de la ciencia está perfectamente explicada en la primera página de la Biblia: la tentación del diablo es seducirnos haciéndonos creer que con la ciencia seremos como dioses. ¡Pero si es que no tenemos que ser dioses! ¡No podemos serlo! Ahí está todo. Es Dios quien ha salido de nuevo a nuestro encuentro tras habernos alejado de Él por el pecado de soberbia, ha vencido a la muerte por nosotros y nos espera para la comunión eterna con Él. En lo más profundo de nuestro corazón sabemos que esto es así, porque, como dirá la protagonista de la obra, Amanda, «hace falta que el amor sea infinito para que acepte ser eterno» (Thibon, p. 83).

Esto no quiere decir que la fe nos libere de la necesidad de la ciencia, es más, nos exige el desarrollo de la ciencia con una razón que confía en la realidad y en su capacidad de conocerla. La fe ilumina con el misterio a la razón: cada una por separado caen en el fanatismo, religioso o cientificista, tanto da. Como el autor señala en el prefacio, la cuestión está en conocer el punto de equilibrio y permanecer libremente en él. Quien sufre de apendicitis —es el ejemplo que él usa— tiene más probabilidades de curarse entregándose a un cirujano que el que ha encendido velas en un templo,

... todo esto es verdad, pero ¿se puede ir indefinidamente por este camino?
 ¿No hay un punto crítico más allá el hombre deja de ser colaborador de Dios para convertirse en su rival, donde Prometeo, embriagado por sus conquistas, cede el lugar a la vieja serpiente del Edén que prometía a la criatura igualdad con el Creador? Y este Edén perdido por el pecado, ¿es posible y se permite reconstruirlo por medio de la ciencia? (Thibon, p. 20)

La pregunta que toda persona debe hacerse es si confía en Dios plenamente como la promesa de amor infinito que da sentido a nuestro ser, o si esperamos que nos solucione los problemas y males de esta existencia finita. Porque si la respuesta es la segunda opción, divinizaremos la ciencia que lo consiga y renunciaremos a nuestra identidad más profunda, llenando nuestro corazón de sucedáneos que terminan por hastiarnos, falsificando nuestra vida y nuestras acciones, ahíto como quedaría de simulacros de felicidad.

La trama de la obra es tan profunda como sencilla. Además de la protagonista, Amanda, está su novio, su amiga, su hermano, sus padres, su clon y el doctor científico. Los papeles de cada uno son fácilmente imaginables teniendo en cuenta la cuestión de fondo que he tratado

de resumir. ¿Cómo se va articulando argumentos, actitudes y cambios? Por el relato del modo en que se aman. El amor del novio va cambiando cuando encuentra que el deseo de morir de Amanda es la expresión de que su amor es más auténtico, porque no satisface nada inmediato y solamente humano. El amor desconcertado de sus padres está causado por la muerte anterior de una hija que no llegó a tiempo para ver el triunfo de la ciencia en su cuerpo, pero la madre es capaz de ver que el clon no es la hija que llevó en su seno y a la que nutrió con su amor. El médico, pagado de sí mismo, se empeña en ser el dios que ha vencido a la muerte... incluso clonando a Amanda para dejar que muera la real, «contaminada» irremediablemente por el virus de la eternidad. Ante el clon es cuando cada uno toma la decisión libre definitiva: es igual, pero no es ella. Ella era única. Solo Dios nos puede hacer y querer únicos. Su novio, Helios, llega a la conclusión:

Estamos en la encrucijada de dos caminos que no se encontrarán jamás: lo infinito del tener o la pureza del ser, un mundo por conquistar o un Padre al que reencontrar... [...]. La duda es fe herida. Hombres, por fin somos hombres, con sus miedos, sus esperanzas, sus dudas, su ternura y su miseria. La parodia divina se ha derrumbado: Dios ha regresado con la muerte (Thibon, p. 139).

Hay muchos más temas diseminados a lo largo de los diálogos, todos relacionados con esta cuestión radical de fondo. El sentido de la historia, la posibilidad de una justicia real y definitiva, la frialdad de una ciencia que escudriña a la persona sin amarla, la falsa unidad de saberes que se da en una supuesta omnipotencia divinizadora que es el dominio definitivo sobre la materia. ■

AGEJAS ESTEBAN, José Ángel

Universidad Francisco de Vitoria (UFV)
Madrid (España)